ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD



# PROBLEMAS RELIGIOSOS

(CONTINUACIÓN)

## EL LIBRE ALBEDRIO Y LA NECESIDAD

Cuando un problema se ha estado discutiendo durante cientos de años, y cuando ha sido debatido por las inteligencias más penetrantes, quizá se considerará pretencioso el asegurar que pueda resolverse comprendiendo á fondo tres factores principales de la evolución humana. Sin embargo, el teosofista no puede evitar fácilmente el hacer esta declaración, cuando considera el problema del libre albedrío y de la necesidad; pues á la luz de la semejanza de la naturaleza divina y humana, de la reencarnación y del Karma, las dificultades se desvanecen y la solución se hace evidente. Sin estas tres verdades, nunca podrá ser resuelto el problema. Hay una necesidad que nos obliga y nos guía; hay un libre albedrío que decide y elige. Presentado así, surge una paradoja: de cómo puede un alma ser libre y á la vez ser obligada por un destino inexorable.

«El hombre está hecho á imagen de Dios.» En una forma ú otra aparece esta afirmación en todas las religiones del mundo. En todas partes ha sido creída, en todo tiempo y por todos. Lleva el sello de la universalidad. En esta verdad yace oculta la reconciliación de la necesidad y el libre albedrío.

Cuando tratamos de estudiar algunos de los atributos del Dios ma-

nifestado, reconocemos entre ellos el de la Voluntad. En efecto; la Voluntad parece como si fuera el atributo supremo del Logos, y nos representa la fuerza suprema que todo lo penetra, que todo lo dirige, irresistible. Majestuosamente libre, determinada por Sí misma, se nos aparece impulsando todas las cosas, pero sin ser á su vez impulsada. Nos apoyamos en ella con absoluta confianza como sobre una roca firme, y el orden exquisito y la estabilidad de la naturaleza se hallan, para nosotros, arraigadas en esta Voluntad inmutable que á todo impulsa.

Cuando pensamos en el hombre y consideramos que contiene en sí los gérmenes de todas las potencias divinas, como la bellota contiene la potencialidad de convertirse en la encina perfecta, buscamos, naturalmente, en él el germen de esta voluntad imperial, puesto que siendo la imagen divina, debe serlo en el poder de la voluntad así como en todo lo demás. Encontramos en él el atributo de la voluntad, y le vemos ejerciendo la facultad de la elección; pero cuando analizamos este atributo y registramos bajo la superficie de este albedrío, aparentemente libre, nos encontramos que la voluntad está siempre limitada y contrariada, y que la elección es impuesta de todos lados por fuerzas predeterminantes que la impulsan en una dirección. Se ve que la libertad es solo aparente y que la elección estaba determinada. Y, sin embargo, persiste obstinadamente la convicción, que ningún argumento, por más lógico é irresistible que sea, puede desvanecer, de que el ejercicio de la voluntad contiene un factor que no se ha tenido en cuenta en el análisis riguroso del determinismo, un elemento sutil que se ha escapado al análisis minucioso del químico metafísico.

Esta convicción se ve reforzada por la observación de que lo que llamamos voluntad en el hombre, es un poder en proceso de evolución, y se halla, verdaderamente, en estado rudimentario en la mayor parte de la humanidad. Semejante poder no se encuentra en absoluto en el reino mineral, donde las afinidades y repulsiones son fijas y permanentes, y cuyas preferencias pueden ser bien conocidas y su repetición predicha. Hasta en las especies superiores del reino vegetal es excesivamente débil la acción selectiva, y no se puede decir que demuestra espontaneidad. En condiciones semejantes las plantas similares obran de un modo análogo. De la misma manera se observa en el reino animal una falta marcada de espontaneidad; pues la mayor parte de las acciones de un animal pueden calcularse de antemano por cualquiera que haya hecho un estudio de la especie á que pertenece, y los cazadores experimentados utilizan esta regula-

ridad de acción para perseguir y coger la caza. Sin embargo, obsérvanse seguramente algunas aberraciones, en especialidad en los animales superiores, y principalmente en aquellos que se hallan bajo la influencia estimulante del hombre. Cuando estudiamos los individuos menos desarrollados de la familia humana, encontramos también en ellos una desviación relativamente pequeña de la línea que de antemano puede trazarse. Son influídos por fuerzas cuya existencia ignoran, y á las cuales se someten inconscientemente. Son impulsados á actuar principalmente por la atracción y repulsión que ejercen sobre sus deseos los objetos externos; la esperanza y el temor los impelen y arrastran, y dado que por regla general obedecen á estos impulsos originados por lo externo, pueden predecirse su modo de obrar con grandes probabilidades de acierto. Esto no obstante, observamos que á medida que se asciende en la escala de la humanidad, la espontaneidad de acción se convierte en un factor más y más señalado, y que al paso que en el hombre superior podemos profetizar con certeza acerca de muchas cosas que *no* hará, es prácticamente imposible predecir cuál será su modo de obrar. Y esto se hace tanto más evidente, cuanto más desarrollado sea el hombre. La voluntad del santo y del héroe demuestra algo del carácter imperial de la acción propia que creemos característica de lo divino.

Por qué por «voluntad» entendemos la determinación de la fuerza desde el centro más íntimo de la vida, mientras que por deseo — el cual es la reflexión ilusoria de la voluntad en la mayor parte dé la humanidad — entendemos la determinación de la fuerza de aquello que está fuera de ese centro más íntimo, fuera del hombre inmortal interno. En los tipos inferiores de la humanidad, la energía motora se encuentra en los deseos de naturaleza animal, que imperiosamente exigen satisfacción é impulsan al hombre por el camino que conduce á tal satisfacción. Por esta razón pueden predecirse las acciones de la mayor parte con seguridad, conociendo los objetos que les son gratos y los deseos que en ellos despiertan. El resultado, pues, de nuestro estudio de la evolución en general, nos lleva á la conclusión de que esta parte de la imagen divina en nosotros, es uno de los frutos más tardíos de nuestro desenvolvimiento, y que la característica de la espontaneidad se ve que es tanto más marcada cuanto mayor sea el desarrollo.

Si volvemos nuestra atención especialmente al orden de la evolución de las cualidades mentales, llegaremos á una conclusión semejante. La

Voluntad no se manifiesta sino después que la memoria, la comparación, la razón, el juicio y la imaginación han alcanzado un desarrollo considerable. Durante largo tiempo, estas crecientes facultades mentales se hallan sujetas al servicio de la naturaleza de deseos; son las servidoras de Kama, y vuelan á ejecutar las órdenes de los deseos. Pero, por fin, elévase lentamente una nueva figura en lo recóndito y confuso de la mente; y después que las facultades mentales han completado su obra en un asunto dado, surge una voz autoritaria de las nieblas que forman los límites de la conciencia en desarrollo, y ordena que se siga una determinada línea de conducta. El consejo de las facultades mentales encuentra á su presidente, y la autoridad reduce al silencio toda disputa. La razón podrá á veces desafiar las órdenes de la voluntad, pero se ve obligada á ceder; pues hay en la voluntad una energía extraña que emana del origen mismo del ser, que la entroniza como monarca sobre el reino de la mente. Nacida la última, asegura, sin embargo, su superioridad, y todo lo demás se humilla ante su cetro. Pero encontrándose aún en la niñez, no muestra sino poco de su verdadera majestad; sólo podemos reconocerla en la espontaneidad de la Voluntad-Padre, la Voluntad que gobierna los mundos.

Si nos dedicamos al examen interno, encontramos que la voluntad es la facultad que más se resiste á nuestro análisis. No podemos llegar á su raíz, que parece penetrar profundamente en el centro de nuestra vida. Parece que se eleva de una región velada á nuestra conciencia; que pide cuentas á todo, pero que no rinde ninguna. Vemos que se mueve entre cadenas, pero, sin embargo, sentimos bajo esas cadenas una energía viva; tales cadenas no han engendrado esta fuerza viva; las causas determinantes no son las generadoras de la voluntad.

Por tales razones, pues, vemos en la voluntad la energía directora que se eleva por encima ó más allá de la mente más bien que en ella, y que aparece en una de las últimas etapas de la evolución humana, siendo en su esencia idéntica á la majestuosa Voluntad divina de acción propia que guía al universo.

Por esto, nos vemos llevados á la conclusión de que la voluntad, en su naturaleza esencial, es libre, por ser en cada hombre como un brote de la Voluntad universal. ¿Cómo es, pues, que se halla atada, y cómo se forjan sus cadenas? A estas preguntas dan la respuesta la reencarnación y el Karma.

No es necesario que nos ocupemos aquí de la reencarnación en sus

detallos. Basta que consideremos al hombre como un individuo que evoluciona, y en cuya carrera de la vida los nacimientos y las muertes son incidentes que se repiten. El nacimiento no es el principio de una vida, ni la muerte su terminación; el nacimiento y la muerte sólo principian y terminan un simple capítulo en la historia de la vida; la historia tiene muchos capítulos, y la trama los recorre todos. Así como el hombre vive durante un día, se duerme por la noche y se despierta á la mañana siguiente para un nuevo día, del mismo modo la individualidad que evoluciona, experimenta una y otra vez la mañana del nacimiento y la noche de la muerte, permaneciendo la misma vida y pasando en continuidad no interrumpida por los nacimientos y muertes.

Si hoy incurro en una deuda y me duermo inconsciente de ella, mi deuda se me presenta al despertar á la siguiente mañana. No ha sido saldada en el transcurso de la noche. Pueden pasar muchos días, y el recuerdo de la deuda puede borrarse de la mente, pero el día del pago llega y el acreedor se presenta al cobro sin que su crédito sea menos válido por mi falta de memoria. Tales deudas son contraídas por cada individuo en su evolución, y estrictamente cobradas cuando llega la época del pago. El Destino inexorable toca á nuestra puerta y no podemos eludirlo. Al considerar estas deudas del pasado, vemos que venimos al mundo teniendo ya determinada la mayor parte de nuestro destino. Nacemos con una mentalidad y una naturaleza de deseos que han sido construídas por nosotros en el pasado, formadas por los actos del mismo individuo que tiene que habitar en el presente su construcción del pasado. Nuestro carácter, nuestros poderes y nuestras limitaciones, nuestras facultades y nuestras deficiencias, nuestras virtudes y nuestros vicios, son los más potentes factores en nuestro destino, y condicionan toda nuestra vida presente. Un hombre de inteligencia estrecha y de inclinaciones viciosas, nacido en un ambiente miserable, no puede llevar la misma vida que el hombre de inteligencia vasta y virtuoso, nacido en un medio de los más felices. Cada uno de ellos es obligado por la necesidad; no puede exigirse de ambos, con justicia, las mismas manifestaciones, ni puede censurarse al uno el ser tan inferior al otro. La necesidad impone direcciones del pensamiento y de la acción, y la voluntad en vías de desarrollo se ve impedida por ellas á cada paso. Nos vemos obligados por nuestro pasado, por nuestros pensamientos y nuestros deseos y aspiraciodes en las vidas que hemos dejado atrás, y tan sólo una pequeña parte de nuestro presente es construída por

nuestra voluntad actual. Así como nos formamos una costumbre y ésta se torna en una fuerza que nos obliga, de suerte que la seguimos inconscientemente y tenemos que desplegar una gran energía para cambiarla, asimismo somos arrastrados á pensamientos y acciones por las costumbres que nos hemos formado en el pasado y que hemos traído á nuestra vida presente. A esta herencia del pasado la llamamos Karma, y es la fuerza determinante en nuestras vidas. Yo pienso de cierto modo porque me he formado la costumbre de pensar así; obro de cierta manera porque mis pensamientos han abierto el canal por donde transcurren mis energías. Por todos lados la necesidad me obliga, mi voluntad se mueve entre cadenas por mí mismo forjadas.

¿Dónde está la libertad? Dentro de los límites de estas obligaciones, impuestas por nosotros mismos, la cautiva voluntad se mueve penosamente; pero es, sin embargo, la fuerza viva con su poder de espontaneidad, de iniciativa. Aquel que forjó su presente en el pasado, se halla todavía aquí en medio de sus hechuras, no como un muñeco, sino como un alma viviente; él puede cambiar y modificar lo que en otro tiempo formó; puede limar las cadenas que sobre sí remachó mucho tiempo hace. Ahí están los productos de sus pensamientos pasados; pero *él* es siempre el Pensador, y aun dentro de los más estrechos límites puede todavía trabajar, ampliando, modificando y rompiendo. El Dios que se desenvuelve está ahí, aunque aprisionado en la tela tejida por la ignoroncia; él está siempre en el centro y allí está libre, bien que obligado en lo externo por el resultado de locuras y errores pasados. En la misma proporción que se desarrolla y se esfuerza en romper sus cadenas, se extiende su libertad, hasta que finalmente su pasado es aniquilado y alcanza la libertad divina.

En nosotros, lo mismo que en la naturaleza externa, el conocimiento de la ley implica el poder de ejecutarla. El hombre ignorante es arrastrado de aquí para allí por las leyes de la naturaleza; un pedazo de madera arrastrado por la corriente de la vida. Pero el hombre instruído sujeto á las mismas leyes, ejercita su poder de elección, pesa y obtiene el fin escogido; obra por leyes fijas, pero pone su fuerza de vida con la fuerza de la ley que contribuye á su objeto, y neutraliza las que le son contrarias por la actividad de otras energías. En todas partes de la naturaleza vivimos y obramos en medio de leyes fijas, atados por nuestro pasado y ciegos por la ignorancia; en la proporción que extinguimos el pasado y transformamos nuestra ignorancia en conocimiento, seremos libres. El poder crece

á medida que vemos con más claridad; á medida que nos elevamos aumentamos nuestra libertad, hasta que finalmente llegaremos al centro donde mora el propio impulso. Somos obligados por la necesidad, pero nos estamos sobreponiendo á ella; no somos aún libres, pero estamos evolucionando hacia la libertad. Mientras más nos aproximemos á la realización de nuestra divinidad, más libres nos hallaremos, y cuando nuestras separadas voluntades, evolucionadas y con propio impulso, se fusionen armoniosamente en la Voluntad Padre, experimentaremos esa realidad de la libertad, cuyo confuso presagio nos hizo aferrarnos á la creencia en el libre albedrío. En este punto, también las enseñanzas de la Teosofía prueban que son nuestro portador de luz, nuestro Lucifer, la estrella de la mañana.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).

# CLARIVIDENCIA

(CONTINUACIÓN)

Por otra parte, la visión del plano devachánico ó mental es totalmente diferente, pues en este caso ya no se puede hablar de sentidos separados, tales como la vista y el oído, sino más bien de un sentido general que responde tan perfectamente á las vibraciones que á él llegan, que cuando cualquier objeto se pone al alcance de su conocimiento, lo comprende en el acto por completo; pues, por decirlo así, lo ve, lo oye, lo siente y sabe cuanto hay que saber respecto de él por una sola é instantánea operación. Sin embargo, hasta esta maravillosa facultad difiere tan solo en grado y no en especie de las que actualmente disponemos, pues en el plano mental, lo mismo que en el físico, las impresiones se perciben por medio de vibraciones que, partiendo del objeto se dirigen al vidente.

En el plano búddhico nos encontramos por primera vez con una nueva facultad que no tiene nada de común con aquellas de que nos hemos ocupado; pues allí el hombre conoce los objetos de un modo completamente distinto, en el cual no toman parte las vibraciones externas. El objeto se convierte en una parte de sí mismo, y lo estudia desde dentro en lugar de desde fuera. Pero con *este* poder no está relacionada la clarividencia ordinaria.

El desarrollo, ya sea completo ó parcial, de cualquiera de estas facultades, se halla bajo nuestra definición de la clarividencia — el poder de ver lo que está oculto á la vista física ordinaria.—Pero esta facultad puede desenvolverse de varios modos, y convendría decir algunas palabras acerca de ellos.

Presumimos que si fuera posible que un hombre viviese aislado durante su evolución, de todo lo que no fuera las influencias externas más apacibles, y que se desenvolviese desde un principio de un modo perfectamente regular y normal, desarrollaría también sus sentidos con regularidad. Sus ojos físicos extenderían gradualmente su campo de acción hasta llegar á responder á todas las vibraciones físicas, tanto de la materia densa como de la etérea; después, en serie ordenada, vendría la sensibilidad de la parte más grosera del plano astral, á la que pronto sucedería la más fina, hasta que á su debido tiempo la facultad devachánica se presentaría á su vez.

En la vida real, sin embargo, apenas se conoce semejante desarrollo regular, y muchos hombres tienen á veces vislumbres de la conciencia astral, sin haber poseído jamás la visión etérea. Y esta irregularidad en el desarrollo es una de las causas principales de la extraordinaria propensión al error en asuntos de clarividencia — propensión que no hay medio de evadir sino por un largo curso de cuidadosos ejercicios bajo la dirección de un maestro experto.

Los estudiantes de la literatura teosófica saben muy bien que existen tales maestros — que aún en este materialista siglo XIX es todavía verdad el antiguo dicho de que «cuando el discípulo está pronto, el Maestro lo está también», y que «en el templo del saber, cuando sea capaz de entrar en él, el discípulo encontrará siempre á su Maestro», También saben que solo con un guía así puede un hombre desarrollar sus poderes latentes sin peligro y con seguridad, pues saben cuán fatalmente fácil es que el clarividente inexperto se engañe respecto del sentido y valor de lo que ve, ó que desnaturalice por completo su visión al transportarla á la conciencia física.

No se sigue de esto que el discípulo que recibe una instrucción regular en el uso de los poderes ocultos, vea éstos desenvolverse exactamente del modo ordenado que antes hemos indicado como ideal probable. Su progreso anterior puede que no haya sido de naturaleza tal que sea esta senda la más fácil ó deseable para él; pero en todo caso se halla entre las

manos de alguien perfectamente competente para guiarle en su desenvolvimiento espiritual, y se apoya en la firme seguridad de que el camino por donde le llevan debe ser el que más le conviene.

Otra gran ventaja que adquiere, es que dominará definidamente cualquiera facultad que obtenga, la cual podrá usar por completo y constantemente siempre que la necesite para su obra teosófica; al paso que si se trata de un hombre inexperto, semejantes poderes sólo se manifiestan de un modo muy parcial y espasmódico, y van y vienen aparentemente según quieren.

Puede objetarse, con razón, que si la clarividencia es, como se ha dicho, parte del desarrollo oculto de un hombre, y por tanto, una señal de cierto progreso en esta senda, parece extraño que sea á menudo propiedad de gentes primitivas ó de personas ignorantes é incultas entre nosotros, que evidentemente son muy poco desarrolladas desde cualquier punto de vista que se las considere. No hay duda que esto es sorprendente á primera vista; pero el hecho es que la sensibilidad del salvaje ó del europeo grosero y vulgar ignorante, no es, en realidad, lo mismo que la facultad del individuo debidamente educado, ni tampoco la ha adquirido del mismo modo.

Una explicación exacta y detallada de esta diferencia nos conduciría á tecnicismos más bien recónditos, pero quizá pueda obtenerse una idea general de la distinción entre ambos, con un ejemplo tomado del plano más ínfimo de la clarividencia en muy próximo contacto con el físico denso. El doble etéreo del hombre está en estrechísima relación con su sistema nervioso; y cualquier clase de acción en uno de ellos, reacciona inmediatamente en el otro. Ahora bien; en la aparición esporádica de la vida etérea en el salvaje, ya sea del África Central ó de la Europa Occidental, se ha observado que la alteración nerviosa correspondiente, se halla casi por completo en el sistema simpático, y que todo el asunto está fuera del dominio del individuo; es, en una palabra, una especie de sensación maciza que pertenece vagamente á todo el cuerpo etéreo, más bien que una percepción definida y exacta de los sentidos comunicada por un órgano especial.

Como en las razas ulteriores y en un desarrollo más elevado, las energías del hombre toman una parte cada vez mayor en la evolución de las facultades mentales, esta sensibilidad vaga desaparece generalmente; pero más tarde aún, cuando el hombre espiritual principie á desenvolver-

se, vuelve á obtener su poder de clarividencia. Esta vez, sin embargo, la facultad es precisa y exacta, bajo el dominio de la voluntad del hombre, y ejercida por medio de un órgano definido; siendo de notar que cualquiera acción nerviosa en simpatía con él, se encuentra ahora casi exclusivamente en el sistema cerebro espinal.

Algunas veces suele suceder que le sobrevienen al hombre de elevada cultura y de mente espiritual, ráfagas de clarividencia aun cuando no haya oído jamás cosa alguna acerca de la posibilidad de ejercitar seme jante facultad. En este caso, tales ráfagas significan generalmente que se está aproximando á ese estado de su evolución en que estos poderes empiezan á manifestarse naturalmente, y su aparición debe servir como un estímulo más para esforzarse en sostenerse en la senda elevada de la pureza moral y equilibrio mental, sin los cuales la clarividencia es más bien una maldición que no una dicha para su poseedor.

Entre los que son completamente insensibles y los que se hallan en posesión del poder clarividente, hay muchos grados intermedios. Entre ellos merece alguna atención ese grado en que el individuo, aunque carece de la facultad de la clarividencia en la vida ordinaria, la exhibe, sin embargo, más ó menos completa, bajo la influencia del magnetismo. Este es un caso en el cual la naturaleza psíquica es ya sensible, pero en el que la conciencia no es todavía capaz de funcionar en ella en medio de las múltiples distracciones de la vida física. Necesita ponerse en libertad por la impresión temporal de los sentidos externos en el sueño magnético, antes de que pueda usar las facultades más divinas que precisamente principian á alborear en ella. Por supuesto, aun en el sueño magnético hay innumerables grados de lucidez, desde el sujeto ordinario sin inteligencia alguna, hasta el hombre cuyo poder de visión se halla por completo bajo el dominio del operador, quien puede dirigirlo adonde quiere, ó hasta el grado todavía más avanzado en el cual, cuando la conciencia está libre, se escapa por completo del poder del magnetizador, y se eleva á campos de visión exaltada en donde se halla completamente fuera de su alcance.

Otro paso en la misma senda es aquel en que no es necesario una supresión tan perfecta de lo físico, como la que tiene lugar en el sueño hipnótico, sino que la facultad de la vista supranormal, aunque no se manifiesta durante el estado de vigilia, se hace posible cuando el cuerpo se encuentra entregado al sueño ordinario. En este estado de desarrollo es-

taban muchos de los profetas y videntes de quienes leemos que fueron «avisados por Dios en un sueño», ó que se comunicaban con seres mucho más elevados que ellos en las silenciosas vigilias de la noche.

La gente más culta de las razas superiores del mundo, posee hasta cierto punto este desarrollo; esto es, los sentidos del cuerpo astral se hallan en completa actividad y son perfectamente capaces de recibir impresiones de objetos y entidades de su propio plano. Mas para que este hecho les sea de algún modo útil aquí abajo en el cuerpo físico, son necesarios, generalmente, dos cambios: primero, que el ego sea despertado á las realidades de aquel plano é inducido á salir de la crisálida formada por sus propios pensamientos del estado de vigilia, y mire á su alrededor para observar y aprender; y segundo, que la conciencia se conserve de tal modo á la vuelta del ego al cuerpo físico, que pueda imprimir en su cerebro físico el recuerdo de lo que ha visto ó ha aprendido.

Si ha tenido lugar el primero de estos cambios, entonces el segundo tiene poco importancia, toda vez que el ego, el hombre verdadero, podrá aprovecharse de lo que aprenda en aquel plano, aun cuando no tenga la satisfacción de aportar á la vida física ningún recuerdo de ello.

Los estudiantes preguntan á menudo cómo empezará á manifestarse en ellos por primera vez esta facultad de la clarividencia — cómo pueden conocer cuando han alcanzado el estado en el cual principian á ser visibles las primeras vagas manifestaciones. Los casos difieren de tal modo, que es imposible dar á esta pregunta una respuesta que sea universalmente aplicable.

Algunos principian, por decirlo así, por una zambullida, y bajo un estímulo anormal pueden en aquel preciso momento ver alguna visión sorprendente; y muy á menudo, en este caso, dado que la experiencia no se repite, el vidente llega con el tiempo á creer que ha debido ser víctima de una alucinación. Otros principian por tornarse conscientes, pero con intermitencias, de los brillantes colores y vibraciones del aura humana; otros se aperciben de que con frecuencia cada vez mayor ven y oyen algo para lo que están ciegos y sordos los demás; otros, también, ven caras, paisajes ó nubes de colores flotando en la obscuridad antes de dormirse, al paso que quizá la experiencia más común de todas, es aquella de los que principian á recordar con más y más claridad lo que han visto y oido en otros planos durante el sueño.

Habiendo, hasta cierto punto, despejado las nebulosidades del asunto,

podemos pasar á considerar los diversos fenómenos de la clarividencia bajo las tres denominaciones que hemos mencionado.

### 1.ª CLARIVIDENCIA SIMPLE

Hemos definido ésta como un mero principio de visión etérea ó astral, que permite á su poseedor ver lo que haya á su alrededor en estos planos, pero que generalmente no está acompañada del poder de ver á gran distancia, ni de leer el pasado ni el porvenir. No es posible excluir por completo estas últimas facultades; porque la visión astral tiene necesariamente una extensión mucho mayor que la física, y porque de vez en cuando se presentan cuadros del pasado y del porvenir, hasta á los clarividentes que no saben cómo buscarlos especialmente; pero sin embargo, existe una verdadera diferencia entre tales vislumbres accidentales y el poder definido de proyección.

Entre las personas sensitivas, vemos gentes de todos grados en esta clase de clarividencia; desde el hombre que recibe una impresión vaga que apenas merece el nombre de vista, hasta el que posee por completo la visión etérea ó astral respectivamente. Quizá el método más sencillo para nosotros sea principiar por describir lo que es visible en el caso de este mayor desarrollo de la facultad, toda vez que los casos de su posesión parcial caerían naturalmente en su respectivo lugar.

Principiemos por la visión etérea. Esta consiste simplemente, como ya se ha dicho, en ser susceptible á una serie de vibraciones físicas mucho mayor que la ordinaria, pero, sin embargo, su posesión presenta á la vista mucho, para lo cual la mayor parte de la humanidad está ciega todavía. Consideremos los cambios que su adquisición produce en el aspecto de los objetos familiares animados é inanimados, y veamos luego qué factores completamente nuevos nos presenta. Pero hay que tener presente que lo que voy á describir pertenece tan sólo á la posesión completa y al dominio perfecto de la facultad, y que la mayor parte de los casos que se encuentran en la vida real, no se aproximan, ni con mucho, á tal resultado en ninguno de sus aspectos.

El cambio más sorprendente que se verifica en la apariencia de los objetos inanimados por la adquisición de esta facultad, es que la mayor parte de ellos se hacen casi transparentes, debido á la diferencia en la rapidez de las ondas en algunas de las vibraciones á que el hombre se ha

hecho ahora susceptible. Se encuentra capaz de ejecutar con la mayor facilidad la proeza proverbial de «ver al través de una pared de ladrillo»; pues para su nueva visión, la pared no parece tener mayor consistencia que la de una ligera niebla. Por tanto, puede ver lo que pasa en la habitación vecina, casi como si no existiese tal pared intermedia; puede describir con exactitud el contenido de una caja cerrada, ó leer una carta sellada, y con un poco de práctica, encontrar un pasaje dado en un libro cerrado. Este último hecho, si bien es sumamente fácil para la visión astral, presenta mucha dificultad para la vista etérea, á causa de la circunstancia de que hay que mirar cada página *al través* de todas las que tenga sobrepuestas.

A menudo se hace la pregunta de si en estas circunstancias el clarividente ve siempre con su vista anormal, ó tan sólo cuando quiere. La contestación es, que si la facultad está perfectamente desarrollada, estará por completo bajo su dominio; de suerte que puede usar ésta ó la visión ordinaria á voluntad. Pasa de una á otra con la misma prontitud y facilidad que nosotros cambiamos el foco de los ojos cuando desviamos la mirada de nuestro libro para seguir los movimientos de algún objeto á una milla de distancia. Es, como si dijéramos, enfocar la conciencia en uno ú otro aspecto de lo que se ve; y aun cuando el individuo tenga claramente á la vista el aspecto en que por el momento haya fijado su atención, continuará también estando vagamente consciente del otro aspecto, lo mismo que cuando enfocamos nuestra vista en un objeto que tenemos en la mano, vemos, sin embargo, de un modo vago la pared opuesta de la habitación.

Otro cambio curioso que ocurre cuando se posee esta vista, es que el suelo sólido, sobre el que camina el individuo, se le hace hasta cierto punto transparente; de suerte que puede ver dentro del mismo hasta una profundidad considerable, de un modo semejante á como se ve en una balsa de agua muy clara. Esto le permite observar cualquier animal que esté trabajando bajo tierra: distinguir un filón de carbón ó de metal que no esté á gran profundidad, y así sucesivamente.

El límite de la vista etérea, cuando se mira á través de la materia sólida, parece que es análogo al que se alcanza cuando miramos á través del agua ó de la niebla. No podemos pasar de cierta distancia, porque el medio á través del cual miramos, no es por completo transparente.

También cambia considerablemente la apariencia de los objetos ani-

mados, para el hombre que ha aumentado hasta este punto su poder de visión. Los cuerpos de los hombres y de los animales son para él transparentes, de suerte que puede observar la acción de los diversos órganos internos, y hasta cierto punto diagnosticar algunas de sus enfermedades. Esta extensión de vista le permite también percibir, con más ó menos claridad, varias clases de seres elementales, y otros cuyos cuerpos no son capaces de reflejar ninguno de los rayos dentro del límite del espectro que ordinariamente se ve.

Entre las entidades que de este modo se perciben, hay algunas de las clases inferiores de espíritus de la naturaleza, ó aquellos cuyos cuerpos están constituídos por la materia etérea más densa. A esta categoría pertenecen casi todas las hadas, gnomos y duendes, acerca de los cuales hay aún tantas historietas en las montañas escocesas é irlandesas, y en los lugares remotos en todo el mundo. El vasto reino de espíritus de la naturaleza es, en su mayor parte, un reino astral; pero no obstante, hay una sección grande del mismo que pertenece á la parte etérea del plano físico, y esta sección, por supuesto, es mucho más probable que se ponga dentro de la esfera de acción de algunos individuos que las otras.

Ciertamente, cuando leemos los cuentos comunes de hadas, tropezamos con frecuencia con indicaciones de que se trata de esta especie de seres. Cualquier estudiante de esta clase de tradiciones, deberá recordar cuán á menudo se menciona un ungüento ó droga misteriosa, que al ser aplicada á los ojos del hombre, le permite ver los individuos del reino de las hadas cuando los encuentra. Este ungüento y su resultado se mencionan con tanta frecuencia, y provienen de partes tan distintas del mundo, que sin duda debe haber alguna verdad en ello, como la hay siempre en toda tradición popular universal. Ahora bien; ninguna clase de untura en los ojos, puede, en modo alguno, abrir la visión astral de un individuo, por más que ciertos ungüentos, dados en todo el cuerpo, ayudan muchísimo al cuerpo astral para poder abandonar el físico en plena conciencia; pero su aplicación al ojo físico puede fácilmente estimular su sensibilidad de tal modo, que lo haga susceptible á algunas de las vibraciones etéreas.

Esta clase de historias refieren con frecuencia cómo algunas veces que el ser humano, que ha empleado este ungüento místico, ha dejado ver á una hada su mayor poder de visión; ésta le ha golpeado ó pinchado los ojos, con lo cual no sólo le ha privado de la vista etérea, sino también de la más densa física. (Véase *The Science of Fairy Tales*, por E. S. Hartland,

en la serie de la «Contemporary Science»). Si la vista adquirida hubiese sido astral, semejante procedimiento hubiera sido inútil, porque ningún daño en el aparato físico puede afectar una facultad astral; pero siendo etérea la vista que la untura produjera, la destrucción del ojo físico ocasionaría en el acto la de aquélla en la mayor parte de los casos, puesto que es el mecanismo por cuyo conducto obra.

Otro hecho que también observaría pronto, sería su mayor extensión de vista en la percepción de los colores, pues vería colores completamente nuevos que no se parecerían en lo más mínimo á los del espectro que hoy conocemos, y por tanto, serían por completo indescriptibles en nuestro lenguaje actual. Y no sólo vería objetos nuevos con tales nuevos colores, sino que también se apercibiría de que el color de muchos objetos que le eran familiares se había modificado, según tuviesen ó no algún matiz de estos nuevos colores mezclados con los antiguos. De suerte que dos tonos de color que para el ojo ordinario aparecerían armonizarse perfectamente, presentarían muchas veces matices diferentes para la vista más penetrante.

C. W. LEADBEATER

(Se continuará.)

# Incidentes de la vida del Conde de Saint Germain.[1]

DE *LES SOUVENIRS DE MARIE ANTOINETTE*
DE LA CONDESA D'ADHÉMAR.

Los incidentes más interesantes de cuantos se encuentran en el diario de Mad. d'Adhémar, son los que demuestran cómo M. de St. Germain trató de avisar á la Familia Real los peligros que la rodeaban. Era evidente que había velado por la desgraciada y joven Reina desde la época de su entrada en Francia. El era el «consejero misterioso», que con mucha frecuencia se ve mencionado.

Él era quien trató de hacer comprender al Rey y á la Reina que M. de Maurepas y sus otros consejeros estaban haciendo naufragar su trono.

(1) Véase el tomo VI, pág. 64.

Amigo de los Reyes, fué, sin embargo, uno de los más acusados por el abate Barruel, de dirigir la revolución. «El tiempo lo prueba todo», y el tiempo ha hecho que el acusador haya caído en un olvido merecido, mientras que el acusado resulta el verdadero amigo y verdadero profeta. Dejemos que la voz de la difunta Condesa presente su propio testimonio:

«El porvenir se obscurecía; nos aproximábamos á la terrible catástrofe que debía anonadar á Francia. El abismo se encontraba á nuestros pies; sin embargo, volviendo la cabeza y fatalmente ciegos, nos lanzábamos de fiesta en fiesta, de placer en placer. Era una especie de locura que nos empujaba alegremente hacia nuestra destrucción. ¡Ay! ¿Cómo puede dominarse una tempestad cuando no se la ve?

«Mientras tanto, de vez en cuando, algunas mentes atormentadas ú observadoras trataban de sacarnos de esta fatal seguridad. Ya he referido que el Conde de St. Germain había tratado de abrir los ojos de Sus Majestades, haciéndoles ver la proximidad del peligro; pero M. de Maurepas, que no quería que la salvación del país viniese de otro que él, inutilizó los esfuerzos del taumaturgo, y éste no volvió á mostrarse» (IV, págs. 1 y sig.)

La fecha en que tenían lugar estos sucesos era 1878; el hundimiento final, sin embargo, no llegó á su punto culminante hasta 1793. Madame d'Adhémar en sus memorias, pasa revista á los sucesos, y no siempre pone la fecha exacta. Los ataques contra el Rey y el trono aumentaban en violencia y saña de año en año, debido á la fatal ceguera á que alude la escritora. La frivolidad de la corte aumentaba *pari passu* con el odio de sus enemigos. La desgraciada Reina, verdaderamente, se esforzaba en comprender el estado de las cosas: pero en vano. Mad. d'Adhémar da algunos de los detalles, del modo siguiente:

«No puedo menos de copiar aquí, á fin de dar una idea de estos tristes debates (de la Asamblea Nacional) una carta escrita por M. de Sallier, consejero parlamentario de las *Chambres de Requêtes* y dirigida á uno de sus amigos, miembro del parlamento de Tolosa. . . Este relato se extendió y fué leído con avidez, circulando muchas copias en París. Antes que el original llegara á Tolosa, se habló de él en los salones de la Duquesa de Polignac.»

«La Reina, volviéndose hacia mí, me preguntó si lo había leído, y me pidió que se lo consiguiese, cosa que me colocó en una situación embara-

zosa; yo deseaba obedecer á Su Majestad, y al mismo tiempo temía disgustar al primer Ministro; no obstante, prevaleció mi cariño por la Reina.»

«María Antonieta leyó el artículo en mi presencia, y luego con un suspiro: ¡Ah! Mad. d'Adhémar — dijo — ¡cuán penosos me son todos estos ataques á la autoridad del Rey! Marchamos por un camino peligroso; principio á creer que vuestro Conde de St. Germain tenía razón. Cometimos un error al no querer escucharle; pero M. de Maurepas nos imponía una dictadura hábil y despótica. ¿Adónde vamos?»

«. . . La Reina me mandó llamar y yo me apresuré á obedecer su sagrada orden. Tenía una carta en sus manos. Mad. d'Adhémar—me dijo—he aquí otra misiva de mi desconocido. ¿No habéis oído hablar de nuevo del Conde de St. Germain?»

— No — repliqué; — no le he visto, y ninguna noticia tengo de él.

— De esta vez — añadió la Reina — el oráculo ha usado el lenguaje que le es propio, la epístola en verso; puede que sea malo, pero no tiene nada de alegre. La leeréis á vuestro gusto, pues he prometido una audiencia al abate de Ballivières. Deseo que mis amigos vivan en armonía.

— Especialmente — me atreví á añadir — cuando sus enemigos triunfan con sus querellas.

— El desconocido dice lo mismo que vos; pero ¿quién tiene razón y quién no la tiene?

— La Reina puede contentar á ambas partes, por medio de los primeros episcopados vacantes.

— Os equivocáis; el Rey no dará la mitra episcopal ni al abate D'Erse ni al abate de Ballivières. Los protectores de estos señores y nuestro abate creerán que la mala voluntad es mía; vos podéis, toda vez que os comparan con los héroes de Ariosto (el discurso de la Baronesa de Stäel había llegado á la Reina), hacer el papel de mediadora del buen Rey Sobria; he aquí á la Condesa Diana: hacedla entrar en razón.

— Trataré de hacerlo — dije yo, esforzándome en reir, á fin de disipar la melancolía de la Reina.

— Diana es una niña mimada — replicó Su Majestad; — sin embargo, ama á sus amigos.

— Si, señora: hasta el punto de mostrarse implacable con los enemigos de aquéllos; obedeceré á la Reina.»

«Vinieron á avisar á María Antonieta que el abate de Ballivières había llegado, según su orden. Pasé á la cámara pequeña, y habiendo pedido

á Mad. Campan una pluma, papel y tintero, copié el siguiente pasaje, entonces obscuro, pero que después se hizo demasiado claro:

El tiempo se aproxima veloz en que la imprudente Francia,
Envuelta por la desgracia, que pudo haberse evitado,
Evocará un infierno semejante al descrito por Dante.
Este día ¡oh Reina! está próximo, ya la duda no cabe,
Una hidra vil y cobarde, con sus cuernos enormes,
Destruirá el altar, el trono y á Temis;
En lugar del sentido común, una locura increíble
Reinará, y todo será permitido á los perversos.
¡Sí! Veremos caer el cetro, el incensario y la balanza,
Las torres y escudos, hasta la bandera blanca;
En adelante todo será fraude, asesinato y violencia,
Lo que veremos en lugar del dulce reposo.
Grandes ríos de sangre corren en cada ciudad;
¡Sólo oigo sollozos y veo condenados!
En todas partes ruge ruidosamente la civil discordia,
Y en todas partes huye la virtud dando gritos,
Así como de la asamblea surgen votos de muerte. —
¡Gran Dios! ¿Quién puede contestar á jueces asesinos?
¡Y sobre qué cabeza augusta veo descender la espada!
¡Qué monstruos tratados como los iguales de los héroes!
Opresores, oprimidos, vencedores, vencidos...
La tempestad os alcanza á todos por turno, en este común naufragio,
¡Qué de crímenes, qué de males, qué espantoso delito
Amenazan á los súbditos, lo mismo que á los potentados!
Más de un corazón descarriado se humilla y arrepiente.
Por último, cerrando el abismo y nacido de una negra tumba
Surge un joven lirio, más feliz y más hermoso.»

«Estos versos proféticos escritos por una pluma que ya conocíamos, me asombraron. Atormenté mi cerebro para adivinar su significado; pues ¿cómo podía yo creer que debía darles su sentido más sencillo? ¿Cómo suponer, por ejemplo, que eran la Reina y el Rey los que morirían de muerte violenta, como resultado de una sentencia inicua? No podíamos en 1788 tener semejante clarividencia; era una imposibilidad.»

«Cuando volví al lado de la Reina y ninguna persona indiscreta podía oirnos, me dijo:

— ¿Qué habéis sacado en limpio de esos versos amenazadores?

— ¡Son terribles!; pero no pueden afectar á vuestra Majestad. La gente dice cosas increíbles, locuras; sin embargo, si estas palabras proféticas resultan verdad, se referirán á nuestra prosperidad.

— Quiera Dios que digáis verdad, Mad. d'Adhémar—replicó la Reina— no obstante, estas experiencias son bien extrañas. ¿Quién es este perso-

naje que se ha interesado por mí durante tantos años, sin darse á conocer, sin buscar una recompensa, y que, sin embargo, me ha dicho siempre la verdad? Ahora me avisa la destrucción de todo cuanto existe, y si da una vislumbre de esperanza, está tan lejana, que no podré alcanzarla.»

«Me esforcé en consolar á la Reina; sobre todo — le dije — debía hacer que sus amigos viviesen en armonía entre sí, y no dejasen ver á los de afuera sus querellas privadas. María Antonieta me contestó con estas palabras memorables:

— Os figuráis que tengo algún crédito ó poder en nuestro Salón. Os equivocáis; yo tuve la desgracia de creer que á una Reina le era permitido tener amigos. La consecuencia es que todos tratan de gobernarme ó de usar de mí para su propio interés personal. Soy el centro de una multitud de intrigas, que con dificultad puedo evitar. Todos se quejan de mi ingratitud. Este no es el papel de una Reina de Francia. Hay un verso muy bueno que me aplico, cambiando su expresión: «Los reyes están condenados á la magnificencia». Yo diría con más razón: «Los reyes están condenados á vivir en el tedio de una soledad completa.»

— Teniendo esto en cuenta, obraría yo si tuviese que empezar de nuevo mi carrera (IV, págs. 51-63.)»

Mad. d'Adhémar no da ninguna fecha definida en su diario, y principalmente por los episodios históricos que condujeron al hundimiento final, es por donde podemos señalar el paso del tiempo. Dejando á un lado los sucesos generales, muy interesantes en sí, pero que no se refieren al Conde de St. Germain, llegamos á la proscripción decretada contra los realistas en 1789, y de nuevo la desgraciada Reina recibió un aviso de su desconocido consejero, cuyos consejos ¡ay! caían en oídos demasiado débiles para comprenderlos. Habiendo sabido las medidas que se tomaban en contra de los Polignacs, María Antonieta mandó aviso á la Duquesa acerca de su próxima caída. Mad. d'Adhémar refiere gráficamente el suceso como sigue:

«Me levanté, y demostrando el dolor que me causaba esta comisión, marché á casa de Mad. de Polignac. Hubiera deseado encontrarla sola. Encontré allí al Duque, su marido, á su cuñada, al Conde de Vaudreuil y al abate de Ballivières. Al observar mi solemne mirada, cuando entré, mis ojos hinchados, aún húmedos de lágrimas que se habían mezclado con las de la Reina, sintieron que había venido por alguna causa triste; la Duquesa me tendió la mano.

—¿Qué tenéis que decirme? —dijo; —estoy preparada para todas las desgracias.

—No —dije yo —para la que va á estallar sobre vosotros. ¡Ay, mi dulce amiga, sufridla con resignación y valor!...»

«Estas palabras murieron en mis labios, y la Condesa, oyéndolas, me dijo:

—Estáis causando á mi hermana mil tormentos con vuestra reticencia. Y bien, señora, ¿qué sucede?

—La reina —dije —á fin de evitar la proscripción que os amenaza á vos y á los vuestros, desea que os vayáis por algunos meses á Viena.

—¡La Reina me echa, y vos venis á decírmelo! —exclamó la Duquesa levantándose.

—¡Amiga injusta —contesté —dejadme que os refiera todo lo que tengo que decir!»

«Entonces le repetí palabra por palabra lo que María Antonieta me había encargado que le dijese.»

«Hubo más gritos, más lágrimas, más desesperación; yo no sabía á quién escuchar: M. de Vaudreuil no mostraba más firmeza que la Polignac.

—¡Ay! —dijo la Duquesa —mi deber es obedecer; partiré, seguramente, puesto que la Reina lo quiere; pero ¿no me permitirá ella reiterarle verbalmente mi gratitud por sus innumerables bondades?

—Nunca —dije —ha pensado ella en vuestra marcha, antes de haberos consolado; id, pues, á su cámara; su recibimiento os compensará de este aparente disfavor.»

«La Duquesa me rogó que la acompañase, y yo consentí. Mi corazón se rompía ante la triste entrevista entre estas amigas que se amaban tan entrañablemente. Fué un flujo de quejas, lágrimas, suspiros; se abrazaban tan estrechamente, que no podían separarse; daba verdadera compasión.»

«En este momento trajeron una carta para la Reina, sellada de un modo curioso; la echó una ojeada, se estremeció al mirarme, y dijo: Es de nuestro desconocido.

—En verdad —dije —me parece extraño que haya permanecido tranquilo en circunstancias como ésta; por otra parte, no ha hecho más que anticiparse á mí.»

«Mad. de Polignac, según la expresión de su cara, parecía ansiosa de saber lo que á mí me era tan familiar.»

«Una señal que hice á la Reina, lo dió á conocer esta circunstancia; entonces Su Majestad se expresó así:

— Desde el tiempo de mi llegada á Francia, y en todos los sucesos importantes en que he estado interesada, un misterioso protector me ha descubierto lo que tenía que temer; os he dicho algo de esto, y hoy no dudo que me aconseja lo que debo hacer.

— Mad. d'Adhémar — continuó dirigiéndose á mí — leed esta carta; vuestros ojos están menos fatigados que los de Mad. de Poliquad y los míos.»

«¡Ay! la Reina se refería á las lágrimas que nunca cesaba de derramar. Tomé la carta, y después de abrir el sobre, leí lo que sigue:

«Madame, he sido un Casandra; mis palabras han caído en vano en vuestros oídos, y habéis llegado á la época de que os hablé. Ya no es cuestión de hablar, sino de hacer frente á la tempestad con la energía del trueno; á fin de hacer esto y aumentar vuestra fuerza, debéis separaros de las personas á quien más amáis, de suerte que quitéis todo pretexto á los rebeldes. Por otra parte, esas personas corren peligro de la vida; todos los Polignac y sus amigos están condenados á muerte, y están señalados los asesinos que acaban de matar á los oficiales de la Bastilla y al prevoste de los mercaderes. El Conde d'Artois perecerá; están sedientos de su sangre; que tenga cuidado. Me apresuro á deciros esto; más adelante os diré algo más sobre el asunto.»

«Nos hallábamos en el estupor que semejante amenaza tenía necesariamente que causar, cuando anunciaron al Conde d'Artois. Todos nos sobresaltamos, y él mismo se quedó estupefacto. Se le preguntó, y no pudiendo guardar silencio, nos dijo que al Duque de Liancourt le acababa de decir, lo mismo que al Rey, que la gente de la Revolución, á fin de consolidarla, habían resuelto quitarle la vida (al Conde d'Artois), á la Duquesa de Polignac y al Duque, y también á los Sres. de Vaudreuil, de Vermont, de Guiche, al Duque de Broglie, á Vauguyón, á Castries, á los Palastrous; en una palabra, una verdadera proscripción. . . »

«Al volver á casa, me entregaron una nota que decía así: «¡Todo está perdido, Condesa! Este sol es el último que se pondrá para la monarquía; mañana ya no existirá; el caos prevalecerá, la anarquía sin freno. Vos

sabéis cuanto he tratado de hacer para que los asuntos tomasen un rumbo distinto; se me ha desdeñado; ahora ya es demasiado tarde.»

«Mantenéos retirada, yo velaré sobre vos; sed prudente y sobreviviréis á la tempestad que todo echará por tierra. Resisto al deseo que tengo de veros; ¿qué pudiéramos decirnos? Me pediríais lo imposible; yo no puedo hacer nada por el Rey, nada por la Reina, nada por la familia Real; nada ni aun por el Duque de Orleans, que triunfará mañana, y quien á su debido tiempo cruzará el Capitolio para ser arrojado desde la roca Tarpeya. Sin embargo, si tenéis mucho empeño en ver á un antiguo amigo, id á misa de ocho á los Recoletos, y entrad en la segunda capilla á la derecha.»

«Tengo el honor de ser... — *Conde de St. Germain.*»

(Se continuará.)

ISABEL COOPER OAKLEY.

# LA MORAL Y EL PANTEISMO

En distintos centros han surgido discusiones sobre la ineficacia del Panteísmo (término bajo el que se entiende incluir el Buddhismo Esotérico, el Vedantismo Advaitî y otros sistemas religiosos similares), al que se acusa de carecer de base moral sólida.

Argúyese que la asimilación filosófica del *meum* y *tuum*, debe necesariamente producir una confusión en la práctica, resultando así la sanción de la crueldad, del robo, etc. Este argumento revela, sin embargo, y del modo más indudable, la coexistencia en la mente del crítico de la objeción con una completísima ignorancia de los sistemas combatidos, como lo iremos demostrando. La sanción final de la moral, bien sabido es que se deriva de un deseo de alcanzar la felicidad y escapar al sufrimiento. Pero difieren las escuelas en su apreciación respecto á la felicidad. Basan las religiones exotéricas su moral en la esperanza de una recompensa y en el temor de un castigo dependientes de un Rey Omnipotente del Universo, y en la obediencia á las leyes que á su gusto impuso á sus débiles súbditos; en algunos casos, no obstante, religiones posteriores han hecho depender la moral del sentimiento de gratitud hacia aquel Rey Omnipotente por los beneficios concedidos. La indignidad, por no decir perversidad, de semejantes sistemas morales, es casi evidente. Como tipo de moral

fundada en la esperanza y el temor, sacaremos un ejemplo de la *Biblia* Cristiana:

«El que da al pobre, presta á Dios». Hácese depender aquí el deber de socorrer al pobre, de los prudentes motivos que han de tenerse para ir reservando en previsión del día en que «el que da al pobre» no pueda cuidar de sí mismo. Pero el Mahâbhârata dice: «Aquel que desea un premio por sus buenas obras, pierde todo mérito; es semejante al mercader que trafica con sus géneros.»

Los verdaderos resortes de la moral, pierden su elasticidad bajo la presión de tan criminal egoísmo; todas las personas generosas huirán de ello, mirándolo con repugnancia.

Con objeto de evitar esas consecuencias, algunos reformadores religiosos recientes, han intentado fundar la moral en el sentimiento de gratitud hacia Dios. Mas no se necesita una profunda reflexión para convencerse de que en sus esfuerzos para alterar la base de la moral, esos reformadores han privado á ésta de toda base. Debe hacer un hombre aquello que se considera como cosa «agradable al Señor», en reconocimiento de los muchos beneficios recibidos. Pero encuentra en realidad que al Señor le debe tantas aflicciones como beneficios.

El huérfano desamparado ha de quedarle agradecido, ya que, según le dicen para consuelo suyo, la desgracia de haber perdido á sus padres es sólo un mal en apariencia, porque en realidad, la Bondad Suprema se propone el mayor bien posible. Con igual razón podría un predicador del Ahriman «Vengativo» exhortar á los hombres á creer que bajo las mercedes *aparentes* del Padre «Misericordioso» yace la serpiente del mal.

Los utilitarios modernos, á pesar de la estrechez de su horizonte, emplean una lógica más rigurosa en sus doctrinas. Aquello que tienda á la felicidad de un hombre, es bueno y debe practicarse, y lo contrario es malo, debiéndose evitar. Hasta aquí estamos conformes. Pero la aplicación práctica de la doctrina produce funestas consecuencias. Contrahecha, rebajada y limitada por un materialismo grosero al corto período de tiempo que corre entre el nacimiento y la muerte, el concepto utilitario de la felicidad es tan sólo un torso diforme, que ciertamente no puede considerarse como la hermosa diosa de nuestra devoción.

La única base científica de la moral, ha de buscarse en las consoladoras doctrinas de Buddha ó de Shrî Shankarâchârya. El punto de partida del sistema «panteísta» (empleamos esta palabra á falta de otra mejor) de

moral, es una percepción clara de la unidad de la energía única, obrando en el Cosmos manifestado, el gran resultado que incesantemente se esfuerza en producir, y la afinidad del espíritu humano inmortal y sus poderes latentes con aquella energía, su capacidad para cooperar con la Vida Una á la consecución de su grandioso objeto.

Ahora bien; el conocimiento ó Jñânam está dividido en dos clases por los filósofos Advaitî: Paroksha y Aparoksha. La primera clase del conocimiento, consiste en el asentimiento intelectual á una proposición determinada; la segunda en la realización verdadera de la misma. El objeto que un Yogî Buddhista ó Advaitî se propone, es la realización de la unidad de la existencia, y la práctica de la moral es el medio más poderoso para alcanzar ese fin, como vamos á demostrarlo. El principal obstáculo á la realización de esa unidad es la costumbre, innata en el hombre, de colocarse siempre á sí mismo en el centro del Universo. Cuanto pueda un hombre hacer, pensar ó sentir, siempre será seguramente la inextinguible personalidad, la figura central. Esto, como lo enseña la reflexión, es lo que impide á cada individuo llenar su propia esfera en la existencia, allí donde sólo se encuentra exactamente en su lugar y ningún otro individuo. La realización de esta armonía es el aspecto práctico ú objetivo del gran problema. Y la práctica de la moral es el esfuerzo para descubrir aquella esfera; ciertamente, la moral es el hilo de Ariadna en el laberinto Cretense en que se halla colocado el hombre. Del estudio de la filosofía sagrada predicada por Buddha ó Shrîshankâra, Paroksha, se deriva el conocimiento (¿diremos *creencia?*) de la unidad de la existencia; pero sin la práctica de la moral, aquel conocimiento no puede convertirse en la clase más elevada del mismo, ó sea en Aproksha Jñânam, y llevarnos así á la consecución de Mukti. De nada sirve comprender intelectualmente la noción de que somos todas las cosas ó Brahmâ, si no lo realizamos en actos prácticos de la vida. Confundir el *meum* y el *tuum* en sentido vulgar, es tan sólo destruir la armonía de la existencia por medio de una falsa afirmación del «Yo», y es tan insensato como el ansia de desarrollar las piernas á expensas de los brazos.

No podéis formar uno solo con el todo, si no son todos vuestros actos y sentimientos síncronos con la marcha adelante de la Naturaleza. Lo que se entiende por un Brahmajñânî que se encuentra fuera del alcance del Karma, sólo puede ser comprendido por completo por aquel que ha encontrado su posición exacta en armonía con la Vida Unica en la Natura-



leza; aquel hombre ve como sólo puede un Brahmajñânî obrar al unísono con la Naturaleza, y jamás en oposición á ella; empleando la fraseología de los antiguos escritores de Ocultismo, diremos que un Brahmajñânî es un verdadero «socio de la Naturaleza.»

No sólo los sanskritistas europeos, sino también los Yogîs exotéricos, caen en el grave error de suponer que, según la opinión de nuestros escritores sagrados, puede un ser humano escapar á la obra de la ley del Karma entregándose á un estado de completa inacción, perdiendo totalmente de vista el hecho de que aun la severa abstinencia de los actos físicos no produce la inacción en los planos superiores astrales y espirituales. De una manera muy concluyente demostró Shrî Shankara en sus comentarios sobre el *Bhagavat Gîtâ,* que semejante suposición es poco menos que ilusoria Enseña en ellos el gran maestro que la represión violenta del cuerpo físico respecto á las obras, no libra al hombre de Vâsana ó Vritti, la inclinación inherente de la mente á la acción. Existe en cada esfera de la Naturaleza con relación á los actos, una tendencia que los impulsa á repetirse; el Karma adquirido en el nacimiento anterior y último, siempre se esfuerza en forjar nuevos eslabones en la cadena, y conduce de este modo á la existencia material continua; y sólo puede combatirse aquella tendencia cumpliendo desinteresadamente todos los deberes propios de la esfera en que haya nacido una persona; sólo una conducta semejante puede producir Chitta-Suddhi (la purificación de la mente), sin la cual jamás podrá adquirirse la capacidad de percibir las verdades espirituales.

Son necesarias aquí algunas palabras acerca de la inacción física del Yogî ó del Mahatmâ. No indica la inacción del cuerpo físico (Sthûla Sharîra) un estado de inacción sobre los planos de acción astral ó espiritual. El espíritu humano se halla en su estado superior de actividad en Samâdhi (*trance* superior) y no, como suele suponerse generalmente, en una condición durmiente ó de reposo. Y además, cualquiera que observe la naturaleza de la dinámica ocúlta, verá fácilmente que una suma dada de energía distribuída en los planos astrales ó espirituales, produce resultados mucho mayores que la misma suma distribuída sobre el plano objetivo físico de la existencia. Cuando se ha colocado un adepto en relación con la mente universal, se convierte en un verdadero poder de la Naturaleza. Aun sobre el plano objetivo de la existencia, la diferencia entre la energía cerebral y muscular en su capacidad de producir resultados de grandes consecuencias, puede percibirse muy fácilmente. La suma de

energía física empleada por el descubridor de la locomotora, puede no haber sido mayor que la empleada por el labrador que ara su campo con gran fatiga; mas los resultados prácticos del trabajo del labrador, jamás podrán compararse con los resultados producidas por el descubrimiento de la máquina de vapor. De igual modo, los efectos últimos de la energía espiritual son infinitamente mayores que los de la energía intelectual.

Claramente resulta de las anteriores consideraciones, que el ejercicio inicial de un verdadero Râja Yogî Vedantino, ha de ser el fomento de un constante y ardiente deseo de hacer todo cuanto esté en su poder por el bien de la humanidad sobre el plano físico ordinario, transportándose su actividad, sin embargo, á los planos astrales y espirituales superiores, al paso que va desarrollándose y progresando.

En el transcurso del tiempo, realizándose la Verdad, aclárase perfectamente la situación para el Yogî, y se halla colocado fuera del alcance de la crítica del común de los hombres. Dice el *Mahânirvâna Tantra:*

Charanti trigunâtite Kovidhir ko nishedhava. ¿Dónde está la restricción ó mandamiento para aquel que vive fuera del alcance de los tres Gunas — Sattva (el sentimiento de satisfacción), Rajas (actividad pasional), y Tamas (inercia) — en la opinión de hombres cercados por todas partes por el plano objetivo de la existencia? No significa esto que pueda ó quiera jamás un Mahâtmâ descuidar las leyes de la moral, sino que habiendo éste unificado su naturaleza individual con la gran Naturaleza misma, es constitucionalmente incapaz de violar ninguna de las leyes de la naturaleza, y no puede hombre alguno erigirse en juez de la conducta del gran Ser, sin conocer las leyes de todos los planos de actividad de la Naturaleza. Así como los hombres honrados son tales sin tener para nada en cuenta el Código criminal, así también el Mahâtmâ es moral sin necesidad de referirse á las leyes de la moralidad.

Asuntos verdaderamente sublimes son éstos: expondremos antes de terminar algunas otras consideraciones que conducen al «panteísta» común á la verdadera fuente de la moral. La felicidad ha sido definida por John Stuart Mill como el estado de ausencia de oposición. La definición que nos da Manu tiene mayor valor:

Sarvam paravasham duhkham
Sarva matmavasham sukham
Idam jueyo samasena
Lakshanam sukhaduhkayo.

«Toda clase de sujeción á otro hombre es el sufrimiento, y la sujeción á uno mismo es la felicidad; en una palabra: ha de considerarse esto como las señales características de ambas.»

Ahora bien; está universalmente admitido que el sistema entero de la Naturaleza obra en una dirección particular, y esa dirección está determinada, según nos enseñan, por la composición de dos fuerzas, á saber: una de ellas tendiendo desde aquel polo de la existencia comúnmente llamado polo de la «materia» hacia el otro llamado polo del «espíritu», y la otra en dirección opuesta.

El hecho mismo de moverse la Naturaleza, demuestra que esas dos fuerzas no son iguales en magnitud. El plano en que predomina la actividad de la primera fuerza, llámase en los tratados ocultos el «arco ascendente», y el plano correspondiente de actividad de la otra fuerza, el «arco descendente.»

Un momento de reflexión demostrará que el trabajo de la evolución principia con el arco descendente y lleva á cabo su obra por medio del arco ascendente. De esto resulta que la fuerza dirigida hacia el espíritu es la que ha de prevalecer por último, aunque no sin tremenda lucha. Esta es la gran energía directora de la Naturaleza, y si bien contrariada por la operación de la fuerza antagónica, es la que impone la ley á la última; ésta es tan sólo su aspecto negativo, considerada por conveniencia como agente separado.

Si intenta un individuo moverse en una dirección distinta de aquella en que se mueve la Naturaleza, seguramente se verá aplastado aquel individuo, tarde ó temprano, por la enorme presión de la fuerza opuesta. No necesitamos decir que semejante resultado no es de desear. El único medio, por lo tanto, para alcanzar la felicidad, es confundir nuestra propia naturaleza con la gran Madre Naturaleza, y seguir la dirección en que ella se mueve; esto sólo puede conseguirse también asimilando la conducta individual de los hombres con la fuerza triunfante de la Naturaleza, siendo siempre dominada la otra fuerza por medio de terribles catástrofes. El esfuerzo para asimilar la ley individual con la ley universal, es conocido vulgarmente bajo la denominación de práctica de la moral. La obediencia á esa ley universal, después de haberla comprobado, es la verdadera religión que fué definida por Buddha como la «realización de la Verdad.»

Un ejemplo servirá para aclarar el asunto. ¿Puede un panteísta practicante, ó en otras palabras, un ocultista, emitir una falsedad? Ahora bien;

se reconocerá sin dificultad que la vida se manifiesta por el poder de adquirir la sensación, siendo la pasividad temporal de ese poder la animación suspendida. Si recibe un hombre una serie especial de sensaciones, y pretende que son otras que las que son en realidad, resulta que ejercita su fuerza de voluntad en oposición á una ley de la Naturaleza de la que depende la vida, según hemos demostrado, y se convierte de este modo en suicida en menor escala.

No nos permite la falta de espacio tratar más extensamente este asunto; pero los diez pecados mortales mencionados por Manu y Buddha, pueden analizarse satisfactoriamente á la luz de las doctrinas que hemos intentado exponer en este trabajo.

MOHINI M. CHATTERJI

(De *Five Years of Theosophy.*)

---

# NOTAS SOBRE OBRAS CURIOSAS DE FILOSOFÍA Y OCULTISMO

---

SUPERSTICIONES DE LOS INDIOS FILIPINOS. Un libro de ANITERIAS, publícalo W. E. Retana, Madrid, 1894.

HABIÉNDOSE escrito tanto acerca de Filipinas, sobre sus costumbres, usos, política, son, en verdad, muy escasos los datos verdaderamente científicos que han llegado hasta nosotros sobre la vida, el modo de ser reservado, íntimo, del indio, sobre sus tradiciones y leyendas, su prehistoria, sus creencias y manifestaciones religiosas espontáneas, y otras materias. Se ha dicho, sí, sobre este último punto, que en aquellos países no había creencias religiosas, afirmación muy cómoda pero muy poco científica.

Triste es decirlo; el trabajo intelectual de España acerca de aquellos países (durante cuatro siglos), no es comparable en proporción con el realizado de poco tiempo á estos días por unos cuantos indios ilustrados y un puñado de extranjeros, á la cabeza de los cuales figura el distinguido profesor alemán Blumentritt.

Es cierto que la Geografía (algo vulgar en verdad), la Geología y la Botánica de gran parte del archipiélago, ha sido obra de españoles. Es cierto también que la Antropología malaya debe mucho al Sr. Antón, una

de las glorias científicas de España (1); pero con esto ¿hemos hecho todo lo que podíamos sobre esa inmensa parte del globo, el mundo oceánico que fué en tiempos nuestra en su tercera parte?

Ya se probará algún día que estamos muy lejos de esto. Concretémonos hoy á dar una ligera idea del libro *Aniterias* que dió á la pública luz D. W. E. Retana.

* * *

Si bien es justo que se alabe el esfuerzo del Sr. Retana en tanto que éste presenta y da á conocer un documento de cierto valor y de difícil adquisición aquí en Europa, es asimismo justo y necesario indicar lo inoportuno de la mayor parte de sus apreciaciones sobre el propio documento. Más tarde verá el lector en qué consisten estas inoportunidades.

Nadie puede dudar de los conocimientos del Sr. Retana sobre cosas de Filipinas; pero en la presente ocasión, su trabajo resulta incompleto por no unir al acierto de su trabajo de bibliófilo la imparcialidad y la justicia del crítico. Lo único bueno que halla el lector en la obra del Sr. Retana, es la inserción de el *Libro de Aniterias*, ó sea de la especie de *devocionario-talismán*, al que los naturales del país llaman *anting-anting*, y que suelen llevar consigo para preservarse de peligros, hechizos y enfermedades, y la también acertada inserción de los doce párrafos que en 1731 consagró Fray Ortiz á las supersticiones de los indios (en su obra *Práctica del ministerio*, etc.) [2].

Veamos ahora lo más esencial que se encuentra entre todo lo expuesto por dicho Sr. Retana y el R. P. Fray Ortiz, de la orden de San Agustín. Comenzaremos por este último.

---

(1) «Por lo que toca á Filipinas, esta ciencia (la Antropología) menos floreciente que en otros archipiélagos, está bosquejada además especialmente por Semper, Meyer, el director del Museo de Historia Natural de Dresde, Waitz, el mismo Wirchow, Montano y Blumentritt, especialista alemán, único en el orbe para todo conocimiento de aquellas islas, á cuyo estudio se ha consagrado exclusivamente, sin haberlas visitado jamás, logrando un cúmulo de datos y noticias único y extraordinario. Aquella orgullosa satisfacción que sentíamos al demostrar cómo la Geología y la Botánica filipina han sido especialmente elaboradas por los españoles, se trueca aquí en sentida y humillante tristura, porque en lo que se refiere á la Zoología, y por tanto á la Antropología, apenas si se puede mencionar algún dato insignificante.» (D. Manuel Antón; colección de artículos publicados en *El Globo* sobre la Exposición de Filipinas, 1887)

(2) Cuya portada íntegra, según la da el Sr. Retana, dice:
«*Practica* | *del* | *minis-* | *terio*, qve si- | gven los religiosos del Orden | de N. P. S. Avgvstin, en Philippinas | Recopilada, y ordenada | por el M. R. Padre Lect. *F. Thomas* | *Hortiz*, ex-provincial de efta Provincia del SSmo. Nomb. de Iefvs *del Ord. de Ntro. P. S.* | *Auguftin de Philippinas* y Prior del | Conv. de N. Señora de Guadupe | Dedicada. | a S. Pablo Apostol, y Doctor | de las gentes. | Vas Electionis eft mihi, vt portet nomen meum | Coram Gentibus & Regibus & Filiis Ifrael | Con las licencias necesarias | *Manila* | En el Convento de Nuestra Señora de los Angeles' año de 1731». (Débese advertir la rareza de esta obra, al decir del Sr. Retana.)

Puede decirse, en verdad, que resulta de mano maestra el cuadro que traza Fray Ortiz, de las supersticiones más comunes en Filipinas, cuyo país, por lo visto, en el siglo XVIII, estaba en este punto como cuando le conquistaron los españoles.

He aquí algunos párrafos de su citada obra:

«N. 32. Son muchos los abusos (ó como ellos dicen los Vgales — *costumbres*) — que tienen los naturales contra nuestra santa Feé, y buenas costumbres, y entre otros son los siguientes. Lo primero esta Idolatría de los Nonos; sobre que se debe advertir, que la palabra Nono, no solo significa aguelo, sino que tambien sirve para llamar con Respecto á los ancianos y genios; estos los tienen los Indios debaxo de la palabra Nono como los tienen los Chinos debaxo de la palabra Espíritus, y tuvieron los Romanos debaxo de la palabra Dioses, que otros llamaron, Lores, ó Penates &c. Con dichos Genios, ó Nonos executan los Indios muchas y muy frequentes Idolatrias, como son Vg. pedirles licencia, socorro, ayuda, y que no les hagan daño, ni sean sus enemigos &c. Lo cual hazen en muchas ocasiones y entre otras son las siguientes. Quando quieren tomar alguna flor ó fruta del árbol, le piden licencia al Nono, ó genio..... Quando son obligados á cortar algun arbol o ano guardar las cosas ó Ceremonias, que ellos Imaginan ser del agrado de los Genios, ó Nonos les piden perdon, y se escusan con ellos diziendo entre otras muchas cosas, que el Padre se lo mandó, que no es voluntad suya faltar á su respecto, ni contra venir á su voluntad &c.»

Estas idolatrías (que dice Fray Ortiz), aunque puede desafiarse á cualquiera para que vea si logra descubrir en ellas algo más que un sencillo é inocente respeto á la naturaleza (cosa que ójala distinguiese también á nuestros campesinos y aun á muchos de nuestros habitantes de ciudad), ó por otra parte, un exajerado respeto al recuerdo de los antepasados, debieron parecer á los ojos del citado Fray cosa perniciosa y grave en alto grado, cuando dice más adelante:

«.... Este género de Idolatria está muy estendida, arraigada y envejezida en los Indios y por esso *es muy necessario, que los Padres Ministros pongan mucho cuidado, y fuerza para extirparla, no perdonando diligencia, ni trabajo alguno hasta* ANICHILARLA.»

He subrayado estas últimas frases (que no lo están en el original de Fray Ortiz) con objeto de que no pase inadvertido al lector el sello innegablemente católico, y el exquisito celo estirpador y cristiano que brilla en las anteriores palabras, ese celo que podrá ser todo lo necesario que se

quiera, pero que nos hizo odiosos en Méjico y en tantas otras partes (1). Continúa su narración Fray Ortiz sobre estos asuntos, diciendo:

«..... suelen creer muy ordinariamente los Indios, que las almas de los difuntos buelven asu casa al tercer dia de su muerte para visitar á la jente de ella ó asistir al combite, y por consiguiente para asistir á la ceremonia del tibao que tapan y ocultan, con dezir que se juntan en casa del difunto para rezar el Rosario por él; y si se les dizen que lo rezen en la Iglesia no lo quieren hacer, porque no es eso lo que pretenden, por lo que el Ministro impedirá el acompañamiento á la casa del difunto acabado el Entierro, y no permitirá suban á ella con pretexto alguno y menos el dia tercero...»

En cuyas últimas frases, además de los curiosos datos que aporta en general el párrafo, se descubre lo mismo que dijimos de las anteriores.

Después de mencionar algunas costumbres más, pasa Fray Ortiz á describirnos los personajes de la mitología demoniaca filipina. Es *Tigbalay* uno de éstos, que á manera de negro fantasma suele aparecerse á los indios, los cuales acostumbran á establecer especie de pacto con él. Según Fray Ortiz, es el Demonio mismo. *Patianac* es otro de estos seres, pero más maléfico. Hace mal-parir á las mujeres, arrebata á los niños y extravía á los viajeros en los bosques. Se le ahuyenta mostrando al descubierto los órganos generadores. Y *Bongsol* es el último de que nos da cuenta nuestro Fray, diciendo que se apodera del cuerpo y lo hechiza dejándolo como muerto, no sin antes producir estremecimientos, etc. Tal estado de hechizamiento se llama *Bongsal*, y no lo puede aliviar más que un hechicero que se llama *Nomomongsol*.

Después de citar algunas otras prácticas y costumbres indias, termina sus datos el narrador, los cuyos datos prueban (entre otras cosas, de que hago gracia al lector) que la existencia de *Elementales, Elementarios, Kama Rupas*, etc.; son cosas universalmente conocidas.

* * *

Véase ahora lo que se desprende de las observaciones propias del se-

(1) No puedo resistir al deseo de citar el siguiente párrafo del último escrito del Sr. Pi y Margall, *Guatimozin y Hernán Cortes, diálogo*. Habla el primero dirigiéndose al conquistador extremeño, y dice:

«Hizo la conquista esclavo, no sólo el cuerpo, sino también el alma. ¡Ay del que no pensara con vosotros ¡Ay del que volviera los ojos á los dioses antiguos! ¡Ay del que siguiera prácticas que vosotros tuvierais por supersticiosas! ¡Ay del que se atreviera á levantar la voz contra vuestros reyes ó vuestros virreyes! Hicieron quemar vuestros sacerdotes los libros de nuestra cronología y nuestra historia, sólo porque erróneamente los consideraron fomento de superstición y obra del diablo.»

ñor Retana. La primera de ellas es sorprendente y no la van en zaga las restantes. Hela aquí.

«Los antiguos indios filipinos no tenian religion propiamente dicha sino solo una asociación de ideas superticiosas . . . etc.»

No sé qué fenómeno psicológico se verificaría en el Sr. Retana (cuya instrucción es sobrado reconocida) cuando escribió las anteriores líneas y todas las que siguen; pero, seguramente, en algún estado especial se encontraba, cuando pudo encerrar en tan pocas páginas una cantidad tal de cosas inauditas y de contradicciones inconcebibles... Si esto pareciera exagerado, hágaseme el favor de ver si se entiende lo que sigue, ó si lo que se entiende prueba lo que quiere probar ó lo contrario, etc.

Página XI

«Los antiguos indios filipinos no tenían religión, propiamente dicho.»

La misma página

«Algún escritor filipino, asaz enamorado de la *antigua civilización tagala*, pretende hacer creer á los tontos que los indios tenían una religión *propia*, á la que él (este *él* será el señor Paterno — D. P. —) llama pomposamente *Bathalismo*, de *Bathala* = *Dios creador*.

La misma página

«... digasenos qué religión puede serlo sin fundador, sin templos, sin un solo dogma escrito.»

Página XII

«Creían en la existencia de un Ser Supremo, presentimiento que han sustentado todos los pueblos del globo...»

Página XV

«Reducida á estos términos la *religión filipina*, preciso es que digamos que en lo que tiene de bueno — en cuanto acusa esa asociación de ideas supersticiosas que los indios creían en la inmortalidad del alma...»

Página XVII

«En lo antiguo los ídolos de los anitos tenían su nombre propio: así, por ejemplo, *Ladoan*, entre los ilocanos, era la palabra con que designaban á los ídolos; *Larauan*. ó mejor *Lalauan*, *Lic-ha (Licjá)*, etc., eran los nombres que á los ídolos de sus anitos daban los tagalos. — Del vocablo *anito* provienen estos otros: *Maganito* = fabricar, esculpir ídolos = (posteriormente) practicar actos de superstición; *Paganito* = espíritu supramundano familiar del hombre; *Palaanito* = religión (esto es la idolatría que practicaban en lo antiguo los indios filipinos.)»

Página XI

«... *religión* que media docena de frailes borraron en un día, de millares y millares de individuos.»

Página XVIII

«A combatir las aniterias han ido enderezados bastantes escritos de frailes celosos del prestigio de nuestra Religión, á par que amantes del bienestar de aquellos naturales; porque éstos, por su sencillez, su credulidad, sus anchas tragaderas y sobre todo *su apego á la tradición*, han conservado *durante muchos años* de sus antiguas barbaries reminiscencias... y *esta es la fecha en que todavía creen* en brujos, duendes, viejos fantásticos... *á pesar del incesante desvelo de los religiosos que uno y otro día les predican.*» Y en la pág. XVII dice asimismo:

«... la empresa de la conversión de los filipinos al catolicismo, fué relativamente fácil á nuestros misioneros; *aunque á la vez difícil la de extinguir una á una todas esas preocupaciones, que por hallarse inculcadas en lo que suele denominarse fantasía popular*... &.» (1)

Página XLIII

«La forma en que vemos escrita la palabra Jesucristo: *Xpto*, hoy de todo punto en desuso, es, entre otras, buena prueba de que el LIBRO que publico es una copia de otro más viejo, el que á su vez sería copia también... Esta serie de copias ha traído á la larga una serie progresiva de equivocaciones, y de aquí el latín bárbaro, el castellano bárbaro, y aun el mismo pangasinán adulterado que *resplandece* en el maravilloso amuleto.»

Página XLIV

«Creo que las cifras cabalísticas (*sic*), signos y demás garabatos que *ilustran* el texto no significan nada... á mi juicio los primitivos autores de esta suerte de libros pusieron tales *ilustraciones* para deslumbrar á los legos en la materia ó quizá para engañarles...»

(Y ¿por qué no han de haber sido adulterados en esa *serie de copias* hasta hacerlas inteligibles?)

Después de todo lo cual no dice más el Sr. Retana, salvo que el *anting-anting* está manoseado; que está escrito en papel azul finísimo, *del llamado comercial;* que la letra es bastarda y de varios tamaños; que se debió escribir entre los años 1845 y 1855; que el ejemplar es en la actualidad del R. P. Fray Casimiro Lafuente, cura párroco que fué en Pangasinan y hoy Dominico de las Misiones de Filipinas en Avila, y por último, otro dato que no quiero dejar de consignar por si algún aficionado lo encuentra aprovechable y que referirá el mismo Sr. Retana.

«... allá por el siglo XVI, aquí en España se publicaron algunos *devo-*

(1) En estos párrafos el subrrayado lo hemos puesto nosotros.

*cionarios* cuyas oraciones — por hallarse un tanto adulteradas, ó mejor, inficcionadas de un cierto espíritu supersticioso — tendrían alguna analogía con las que se contienen en los *antin-antines*... Los Tribunales competentes persiguieron los *devocionarios*, y éstos son hoy de extraordinaria rareza; se los considera como joyas de inestimable valor bibliográfico» (1).

* * *

Después de lo anteriormente expuesto, es tiempo de que el lector juzgue por sí mismo sobre las estupendas y *abominables* supersticiones. Antes he de decir que *Aniterias* se deriva, claro está, de *Anito*, y que Anito es las más de las veces, según el Sr. Retana, *espíritu, ánima, dios, ídolo* y *todo acto en el que entra por algo la superstición*, ó bien *el falso culto rendido á ídolos reales ó entes imaginarios*. Todo esto desde luego bajo la responsabilidad científica del referido señor, que ya tendremos ocasión en otro trabajo de volver sobre este asunto con alguna extensión.

Es natural que con los anteriores conceptos de lo que sean *Anitos* y *Aniterias*, el lector tendrá derecho á figurarse que en un libro de esta clase, ha de encontrarse á cada paso con signos demoniacos ó rasgos y cifras cabalísticas, y que tal vez tropezará con pantaclos de los Æetas, y quién sabe si recetas indias..... Pero veamos qué encierran las repugnantes supersticiones, las *aniterias*, las *brujerías* en suma. He aquí en forma aproximada las tres primeras páginas del talismánico libro:

| 1 | 2 |
|---|---|
| ✠ sit Christes mortosos ✠<br>sit Christos Sepolnios<br>✠ sit Christ.s Resurecset<br>✠ Christus Acendit ✠<br>Christos empir.t ✠ Chr.s<br>tos de polgorimos defen<br>dat ✠ Christus pobi<br>cam estate Sanctus<br>Dios Sanctus portes | misererenobis Anime<br>———<br>Oracionde Ntro Sor<br>Jesu Christo, Contra<br>armas de fuego<br>· Padre Ntro y Av.a<br>———<br>✠ JesuChriste magis<br>ter a Domine benedec<br>tus ✠ Jesus orsis ✠<br>Jesus Stos en morta |

(1) De estos devocionarios confiesa el autor de *Aniterias* haber visto uno perteneciente al señor Marqués de Xerez de los Caballeros.

3

| |
|---|
| talis miserere nobis<br>Amin |
| Oracion de S. Pablo<br>contra armas de Foigo<br>ip.re Ntro. y Av.a |
| Jesus S. Pablo Poni-<br>tons quiter Deus Sa-<br>lucam tuam. Amin. |

Según la descripción de estas hojas que nos hace el autor de *Aniterias* la número 1 (ó sea la primera hoja del libro) es una oración que dice el médico-curandero después de tomar el pulso á los enfermos. Termina en el primer renglón de la 2. En ésta hay otra oración *contra las armas de fuego*. Antes de la cual han de rezarse un *Padre nuestro*, un *Ave María*, y luego santiguarse tantas veces como cruces hay y cuando éstas lo indiquen.

Es decir, que todos los Abracax y Abracadabras anunciados se convierten en unas sencillas oraciones más ó menos católicas como las de uso privado de nuestras beatas cuando se encomiendan al santo de su devoción. Pero veamos aún otras; las que figuran en las hojas 8.a y 9.a, v. g.:

8

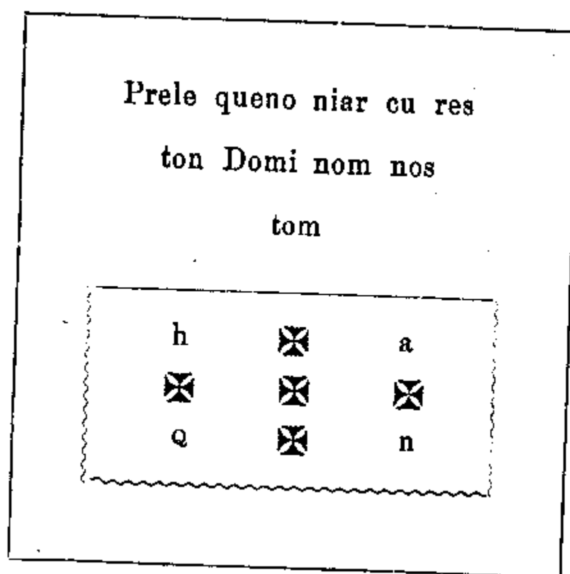
| |
|---|
| Oracion Contrad<br>O Log. |
| Serapite sermin trebo-<br>lani Amen |
| Oracion contrad y<br>baoanen tan mag.<br>co co lam: |
| Malo Jesu Christo<br>qui nobis tas qui- |

9

| |
|---|
| Mariam de lo set<br>Amin |
| Oracion contrad<br>Lase |
| Corpus Christe sanc-<br>te pecame Salvame<br>Amin |
| Oracion na Sant.a<br>contrad armas de |

En las cuales hay varios ensalmos: uno contra las serpientes (hasta el *amén*), otro contra los hechiceros y los maleficios (hasta el *amin*, pág. 9), y otro contra *Lase* ó sea el *rayo*. Luego comenzaba otro contra las armas de mano. He aquí ahora uno de los que llama cabalísticos (por lo indescifrables) el autor de *Aniterias* ó sea el de la hoja 29.

**29**




Además de éstas oraciones, que como se vé están escritas en una mezcla inninte- ligible de latín, *pangasinan* (idioma del país) y castellano, hay otras en pangasinan sólo; una de ellas dice así:

«¡Ah! Jesus Dios co casian | muac to oalaac diad bilo | ngnet na lasa lanan co | et Silevan muaepay li | oaoae a man lapud baleg | apananga sins tapiaupi | na-bangan cuy gloriam tan | si siaen coy Dios labas nen | ganagano tan say capa | vantoo a unong ed siac a di li amin.»

Que traducida resulta la siguiente sentida plegaria, que en nada tiene que envidiar á la del más fervoroso cristiano.

«¡Ah! Jesús, Dios uno, compadeceos de mí, que vivo en la obscuridad del pecado; ilumina mi voluntad por vuestra grande misericordia, para que pueda participar de tu gloria; y creo en Dios más que en todas las cosas, y que en los hombres; como en ti mismo. Amén.

En el resto del libro hay oraciones para todo. Las hay *medicinales* (contra la ceguera, dolor de las heridas); *defensivas* y *ofensivas* (contra el fusil, las armas de fuego ó de mano, para si arrebatan las armas; *contra*

*la Justicia*, para hacer huir al enemigo); *religiosas* (para no ir á los infiernos, contra los ángeles malignos); y de otras muchas clases, v. g.: para los que tengan malas intenciones, para las malas lenguas, contra los espías, contra el miedo, contra el caimán, para pasar por sitios solitarios, etcétera.

Para todo esto se invoca constantemente el nombre de Jesús y el de la Virgen; se recomienda el rezo de determinado número de Padre-nuestros y Ave-Marías; se nombra con respeto á los Apóstoles, y si alguna vez aparece algún signo misterioso es la Cruz, como habrá visto el lector. Ahora bien; se me querrá decir ¿por qué estas oraciones son brujerías y supersticiones, y no lo son las dirigidas en Europa á Santa Bárbara contra el trueno, ó á cualquiera de las once mil vírgenes sobre cualquiera de sus millares de asuntos?

Se me dirá que en el caso de nuestras oraciones no se pide nada que sea injusto á los ojos de Dios. Pero ¿y los usureros que rezan por la prosperidad de sus *operaciones?* ¿Y los jugadores de lotería que rezan *para que les caiga el premio?*

* * *

No carece de precedentes la mezcla de latín, castellano y pangasinan en que está escrito el *anting-anting*. Es cosa común á los objetos talismánicos, el estar escritos en varias lenguas. Por otra parte, todo el que reza, todo el que implora á lo desconocido y tiende de una ó de otra manera á ponerse en relación con su esfera, ya sea por la casualidad ó intencionadamente, parece como que prescinde de su idioma. Hecho es este que no sé si habrá sido observado, pero que no deja de ser curioso, que el que reza, como si quisiera huir del prosaísmo de la lengua que le es familiar, al levantar su espíritu en alas de la ilusión religiosa, procura valerse á veces de idiomas extraños. Los que hayan consultado los alhamiados manuscritos de nuestros moriscos, habrán visto seguramente entre sus infinitos talismanes y oraciones, ó bien versículos alkoránicos, pero con caracteres cúficos ya inteligibles ó bien ¡cosa rara! letras y frases cristianas en atinada ó desatinada disposición.

Algo que tiene analogía con esto, es lo que ha sido observado por viajeros que han encontrado como amuletos entre tribus salvajes, objetos y escritos europeos llevados allí por el azar. Y prescindiendo de un estúpido orgullo de raza, esto acontece también entre muchos de los europeos católicos. ¿Qué son las palabras griegas y latinas que repiten en sus leta-

nías hasta adormecerse muchos cristianos? ¿Cuántos de los europeos católicos que entonan letanías saben lo que éstas significan?

* * *

Así, pues, no podemos ver en las anteriores oraciones el *falso culto* rendido á *ídolos reales* ó *entes imaginarios*. Si esto último son *aniterias* para el Sr. Retana, el libro que él presenta no es de aniterias, á no ser que sean ídolos ó entes imaginarios los más altos nombres que tiene la Religión cristiana. El *anting-anting* filipino, no es ni más ni menos supersticioso que cualquier otro objeto talismánico de otra religión. Se me dirá que hay religiones que no necesitan del talismán ni del amuleto. Esto no es cierto. Puede asegurarse que el amuleto aparece á través de todos los cultos; es algo que se impone al espíritu popular y á la familia. ¿Qué niño será criado en el mundo sin algo al cuello? Es algo de que no se verá nunca libre la humanidad. Podrá dejar de verse á la entrada de la cabaña del salvaje ó detrás de la puerta del europeo (herraduras, cuernos, etc.), ó en los balcones de nuestras casas (palmas, romero, etc.), y en los cuellos de nuestras esposas, podrá tal vez abandonar para siempre los cuerpos pero quedará en los espíritus.

Y aquí cierro, por hoy, estos apuntes.

A ser posible, en trabajos ulteriores procuraré exponer modestamente, y fuera de esta sección, lo sugerido por la lectura desapasionada de unos cuantos libros de buena fe que versan sobre estas materias y otras parecidas.

V. DIAZ PÉREZ

**Madrid 14 de Marzo de 1899.**

# EL PROFESOR MAX MÜLLER Y LA TEOSOFÍA

*Sr. Director del **Madras Weekly Mail.***

Muy señor mío:

Hay hombres cuyo reloj mental se para á cierta edad; el resorte se afloja, y no hay medio de hacer que las manecillas sigan marchando. Los Borbones son un tipo de esta clase, que ni aprenden nada ni olvidan cosa alguna. Dominados por prejuicios inquebrantables, no avanzan; tan sólo marcan el tiempo. Me temo mucho que el profesor Max Müller pertenezca

á esta clase. Es un hombre constante en sus odios, y manejando una de las plumas más atractivas entre nuestros literatos contemporáneos, la emplea con insistencia en herir y desprestigiar los objetos de su aversión. Sus constantes ataques personales á Madame Blavatsky y á su escuela, no han tenido fin con la muerte de aquélla, ni con la mayor expansión del sistema de filosofía del cual fué ella moderna expositora, sacrificándose á sí misma. Sintiéndose seguro de su posición en el mundo literario y social, desciende al bajo nivel de emplear groseras historias acerca de cerdos y sus gruñidos, para provocar una risa pasajera á costa nuestra. Segun él mismo me dijo en Oxford, los orientalistas europeos han seguido atentamente desde un principio y con el mayor interés, el desarrollo del movimiento teosófico. No dijo con alarma ó envidia, pero pudo bien haberlo dicho, por ser este progreso nuestro gran pecado. Hemos tenido *demasiado* buen éxito; hemos hecho más en los últimos veinte años para despertar la admiración popular en Occidente por los sabios indios y por su sabiduría, que lo que han obtenido los orientalistas, desde que Bournon y Sir Willam Jones anunciaron su descubrimiento del valor de la literatura sanskrita en principios de este siglo. Nos hemos atrevido á penetrar en un terreno que creían tener agotado, y hemos encendido el fervor religioso en la India. «Habéis trabajado noblemente» — me dijo el profesor en su biblioteca — «ayudando á hacer revivir la literatura sanskrita»; y en una carta relativamente reciente de Abril último me dice: «sabéis cuán agradecido he estado siempre por el trabajo literario que ha hecho la Sociedad Teosófica, y si disponéis de los fondos necesarios, podéis hacer aún mucho.» Pero su animosidad contra nosotros se ha despertado por nuestra llamada al *Gupta Vidya ó Ratasya* — la ciencia esotérica — como la única llave maestra que abre las veladas puertas de los escritos sanskritos. Niega con pasión que esto sea así y que estos escritos tengan otra interpretación que la que pueda aprenderse con la ayuda de la gramática y el diccionario. Él mismo me lo dijo, y ahora en un artículo, en el *Cosmöpolis*, que usted cita en el *Madras Mail* de ayer, confirma esto, como lo ha confirmado en sus discursos en los últimos diez años, especialmente, en una palabra, desde que la Sociedad Teosófica se hizo demasiado fuerte para pasar inadvertida. Cuando le dije que su opinión sería refutada por todo erudito indio no inglesado, desde los Himalayas hasta Comorín, me dijo que lo mejor era cambiar de conversación. Sin embargo, es estrictamente verdad, y las funciones del *Guru* espiritual es comunicar á su *chela* ó *sistir*, después de una larga preparación preliminar, estas enseñanzas esotéricas.

Durante muchos años el profesor Max Müller ha sostenido controversias rencorosas con sus colegas orientalistas, y sus disputas (véanse las que sostuvo con el profesor Whitney, de Yale, y con algunos de sus propios compatriotas) son, en verdad, bien amargas. Así sucede también con sus

sentimientos hacia Sir M. Monier Williams, cuyo Instituto Indio en Oxford ha provocado sus iras durante años, como usted ve que sucede en su artículo del *Cosmopolis*, en donde pone en boca de un pobre joven bengali las palabras mismas que á mí me dijo acerca de este Instituto, en su conversación conmigo. Respeto demasiado su erudición y servicios literarios para repetir el epíteto que aplicó á su contemporáneo, ni para citar otras expresiones suyas acerca de otros sabios. En cuanto á su «pobre Dayanand Saraswati», cuyas notas autobiógrafas en el *Theosophist* usó en una noticia *post morten* de Dayanand, se solía reir de las pretensiones del profesor de entender los Shastras, no sólo en conversaciones privadas, sino también en conferencias públicas, y lo llamaba «Moksh Müller», juego de palabras por su nombre de pila Max.

Este es un mundo bien grande, con cabida bastante para todos, lo cual debiera considerar el profesor Müller. Como él no abarca todos los conocimientos, debiera ser lo suficientemente modesto para admitir la posibilidad de que no ha sondeado las mayores profundidades del océano de los conocimientos sanskritos; y que entre los innumerables ascetas y pandits indios ha podido haber algunos que hayan profundizado más, y que hayan pescado perlas más preciosas que su augusta persona. Que no tengo animosidad alguna en contra suya, aun después de sus repetidas provocaciones, lo prueba el hecho de que mi carta, de la cual era contestación la anteriormente citada, encerraba la posibilidad de que yo, en ciertas eventualidades, le ayudase á continuar la publicación de la serie de los «Libros Sagrados del Oriente», suspendida ahora por falta de fondos. En cuanto á su descreimiento borbónico en el esotericismo y ciencias ocultas, debió haber tenido la prudencia de reservarse su opinión en este momento preciso, cuando Sir William Crookes, F. R. S., Presidente de la Asociación Británica, esto es, la persona reconocida como el principal hombre de ciencia de Inglaterra durante el tiempo de su cargo, afirma en su discurso presidencial ante la Sociedad, que sostiene su opinión de hace treinta años, de que vivimos en un mundo de fuerzas ocultas, y que en esta dirección es como puede avanzar legítimamente la investigación científica; que «fuera de nuestros conocimientos científicos, existe una Fuerza ejercitada por inteligencias que difieren de la inteligencia ordinaria del común de los mortales». En esta batalla entre la escuela borbónica del profesor Max Müller y la de la ciencia occidental avanzada, los pundits indios ortodoxos y los teosofistas cosmopolitas se ponen de parte de la última.

H. S. OLCOTT

Adyar, Octubre 2, 1898.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.